

tiempo sobre todas las demas partes de que se compone el alma del talento, y de que se haya perfeccionado como escritor en un sentido que no es precisamente el serio y verdadero. Tal cual es, faltaria alguna cosa de esencial á la sociedad, á la poesia y al periodismo de este tiempo, y los tres juntos no habrian dicho su última palabra, si se hubieran concertado para producir este compuesto singular, extraño, elegante, que en su forma hábil y exacta, burlándose del fondo, asocia á su gusto con travesura, alegría, naturalidad y hasta un resto de ingenuidad, la mujer de ingenio, el caballero á la moda, el escritor consumado y á veces tambien la amazona y la musa.

P. D. Despues que se escribieron estas páginas, murió madama de Girardin el 29 de junio de 1855. Su pérdida fué vivamente sentida. *La Alegría da miedo*, linda comedia representada en el Teatro Frances, y en que desde el principio hasta el fin brilla la risa al traves de las lágrimas, ha sido su último á Dios al público. « Esta mujer tenía mucha chispa, » es lo que se repite más que nunca desde que ya no existe.

MADAMA

## DE TRACY (1)

La prensa cotidiana se ha ocupado muy recientemente de esta Recopilacion que al principio sólo estaba destinada á un círculo de amistad y familia. Debí el leerla hace ya algun tiempo á una feliz casualidad, ó mejor dicho, á una indicacion delicada, y extracté de ella para mí algunos bellos y dulces pensamientos. Hoy que veo por el ejemplo de mi honorable colega M. Cuvillier-Fleury, que no está vedado á los amigos decir alguna cosa sobre ella, desearia á mi vez que la misma libertad fuera dejada, no á los indiferentes (los que han leído esta recopilacion no pueden ya serlo respecto de madama de Tracy), sino á los extranjeros y curiosos llenos de respeto que no han tenido directamente el honor de conocerla : como inteligencia y como corazon, se ha pintado suficientemente á ellos en estas páginas.

Madama de Tracy, es menester explicarlo para todos en pocas palabras, era Inglesa de nacimiento y vino al mundo en Stockport el año 1789; se llamaba Sarah Newton y pertenecia á la familia de este

(1) *Ensayos, Cartas y Pensamientos*, tres tomos, tipografía de Plon, 1852.

hombre de genio, el más grande que ha producido la ciencia. Tenía siete meses cuando vino á Francia y no salió despues de ella. « Nada sé, decia, de mi país paternal; soy Inglesa, *God bless the king!* hé ahí todo. » Luego se verá que le quedó de tal mucho más de lo que ella creía. Tenía propiamente el *fancy*, esta mezcla de imaginacion y fantasía imprevista; además, con la facilidad de empaparse de nuevo en las lecturas inglesas como en su origen natal, conservó en todo tiempo un sello de originalidad y de independecia. Por otra parte era católica de corazon y por inclinacion; le agradaban las ceremonias, los signos exteriores y la decoracion del culto: « Me gustan los curas, las cruces, las campanas, los frailes, las imágenes, las capillas y todos los santos, Cuando tenía cinco años, hacía altares redeados de muñecas que asistían á misa, y me llamaban la *pequeña pagana*. » Á estos primeros instintos añadió, avanzando en la vida, el estudio de las doctrinas. Había sido muy bonita en su juventud, y de una gracia ligera y picante. Madama de Coigny le daba por emblema un *armiño* con estas palabras: *Dulce, blanca y fina*. Tenía el pié bonito y bailaba admirablemente; tenía tambien maravillosa destreza de manos para el dibujo y todas las labores, unos dedos de hada. No tiene reparo en hablar con libertad de sí misma y de lo que había sido:

« He vuelto á encontrar á madama de Castellane, escribia despues de pasados algunos años; es siempre la misma y se ha mostrado más encantadora que nunca hacía mí. Yo la había conocido muy íntimamente. En nuestra juventud, ella, su prima la señorita Scherer y yo éramos, sin contradiccion, las tres jóvenes más bonitas de Francia. Teníamos los mismos cabellos más ó ménos rubios, los mismos talles finos y los mismos piececitos. Íbamos las tres juntas á pasearnos á las huertas de los hortelanos de la calle de San Sebastian para herborizar en ellas entre las coles y buscar mariposas. Madama de Castellane no ha olvidado nada de todo esto; se acuerda perfectamente de mi madre y su bella cara pálida, de nuestro salon verde y de mil pormenores que me han confundido de parte de una persona que ha vivido tanto en el gran mundo y visto tantas cosas. Esta memoria le con-

quista mi corazon y quiero cultivar y hacer revivir esta amistad que no estaba más que adormecida. »

La señorita Newton se casó á los veinte años con el coronel Le Tort, de los dragones de la guardia, el cual ascendió luego á general y ayudante del Emperador, y fué muerto de un balazo en Ligny, la vispera de Waterloo. Pocos años despues, se casó en segundas nupcias con M. Victor de Tracy, hijo del ilustre filósofo, tan distinguido él mismo por un conjunto de cualidades y virtudes que ha llevado á la carrera pública y se complace en practicar en la vida privada. M. de Tracy enviudó el 27 de octubre de 1850, y en su culto piadoso por su esposa, ha creído deber recoger, como ella lo había deseado, algunos de los escritos donde ponía su pensamiento y su alma: es un retrato más, y el más vivo, que ha querido él tuvieran los suyos siempre presente ante los ojos. Uno de los amigos de madama de Tracy, M. Teulet, ha cuidado de la edicion enteramente doméstica de estos tomos que ofrecen partes de estudio serio. Desde que se casaron sus hijas, madama de Tracy, sea en París, sea en su quinta de Paray, en el Borbonesado, dedicaba lo ménos seis horas diarias á la lectura y al cultivo de su espíritu.

El primer Ensayo es una relacion muy amena, una especie de Diario de un *Viaje á Plombières* que hizo la señorita Newton, de edad de diez y ocho años entónces, en compañía de madama de Coigny, cuya hija se había casado con el general Sebastiani. Era en el año 1808. Madama de Coigny, un poco á causa de su yerno y tambien por todo lo que había visto en la Revolucion, por reconocimiento hacía el que nos había librado de ella, era grande admiradora, más de lo que por lo regular se suele ser en su mundo, del Emperador y de su genio. Sobre ese particular se las tenía tiesas con sus parientes y amigos de otro tiempo; y sin embargo, cuando el Emperador encontraba en las Tullerías á madama de Coigny, sabiendo que era mujer ante todo y que tenía el dicho pronto y agudo, solía preguntarla con frecuencia: « ¿Cómo va la lengua? » No por eso era ménos entusiasta. « Voltaire y el Emperador se disputaban el corazon de madama de

Coigny. » Añadid que se habia vuelto devota, y combinad todo eso como os sea posible. De todos modos, resultaba de ello un compuesto muy agradable, una anciana de grande aire, viva, inteligente, nada fastidiada ni fastidiosa. Se asiste por la relacion de madama de Tracy á estas conversaciones de interior durante los largos dias de Plombières. La jóven está más ocupada con las flores, las rocas, los pájaros y todas las bellezas del paisaje que de las cosas públicas. En los libros de historia que la hacen leer, le parece que no hay rey preferible á Luis XII; el eco de las victorias la impresiona poco; y sin embargo tiene tambien el sello de su tiempo, y cuando va allí por algunos dias un apuesto caballero de Paris, muy rico, muy jovial y muy galante con ella, que habla de política con madama de Coigny, que trae las últimas noticias y las comenta con ese espíritu denigrativo propio de los salones, le agrada poco, se apercibe desde luego de lo que falta al elegante parisiense respecto á lo caballeresco, y aquella cuyo corazon está destinado á corazones valerosos concluye pintándole con este rasgo : « Luego no ha estado en ninguna batalla, y eso es verdaderamente ridiculo. »

Á madama de Coigny le gustan las largas lecturas regulares y que se continúan, que ocupan y dan reposo : leían, pues, á Rulhière, *Historia de la Anarquía de Polonia*, todas las *Revoluciones* de Vertot, la *Guerra de Treinta Años* de Schiller y el *Siglo de Luis XIV*; todas estas lecturas no son igualmente interesantes. Tenemos un reflejo muy vivo de ellas en el Diaro de la jóven. Jamas he visto mejor expresada la impresion que ha producido en mí mismo Rulhière y su procedimiento de historia clásica aplicado á los tiempos modernos, ese género honroso, pero frio, artificial y que tiene el inconveniente de no dejar huella alguna profunda : « El ruido de los violines (de un baile vecino) ha sido sofocado por nuestra lectura de la *Historia de la Polonia* por Rulhière. Esto no me divierte gran cosa... Madama de Coigny trata de inspirarme su gusto por Mockranowski, su admiracion por Radziwill, su pasion por Braniki y tantos otros *ki*, siempre vencidos, siempre tan desgraciados, desolados, perdidos, arruinados... » No puede ella prescindir (tal es la verdadera imágen de la juventud) de

consolarse de su lectura bailando sola al son de la música que está oyendo en el baile de enfrente. Algunos dias despues tenemos la serie de sus impresiones : « Á propósito de eso, adelantamos en la *Historia de Polonia*; madama de Coigny se apasiona ahora por Cayetano Soltick y tambien por Poniatowski, que se parece á Dalvinar. M. Rulhière se ocupa demasiado en hacer retratos; es un recurso para llenar páginas. Madama de Coigny dice que no tengo razon en encontrar demasiado larga esta historia, y que esa es una necesidad de este género de literatura. Amen! » Y más léjos : « Hemos pasado el resto de la noche en Polonia con M. Rulhière, que es interminable. Madama de Coigny está loca con los principes Pulawski : tambien yo los quiero, pero siempre me parece que no tienen trazas de verdaderos y que no son interesantes como el Falkland de las *Rebeliones* de Clarendon. » Y en fin, algunos dias más tarde : « Esta mañana hemos acabado la *Historia de Polonia*. ¡ Uf!... madama de Coigny dice que es muy bueno leer de tiempo en tiempo obras fastidiosas. He ido á la cocina á comer miel en torta, la cera es tan buena como la miel... »

Tiene así esos saltos de juventud de una idea á otra, de lo que se pueden llamar transiciones á la Sifide. — Otro dia leen la linda novela de madama de Genlis titulada la *Señorita de Clermont*; esto ya es otra cosa! « Por la noche hemos concluido de leer la *Señorita de Clermont*; he llorado durante una hora y madama de Coigny me decia : « Pero nada de eso es verdad. » — « ¿ Qué me importa, la he contestado, si parece que lo es? »

Durante la mañana, en el balcon, la señorita Newton leía en el texto inglés, *el Lay del último Trovador* de Walter Scott, entónces bajo su primera forma de poeta y ántes de la novela; el *Viaje del Peregrino* de Bunyan, « este libro que me dió mi madre y estimaba ella tanto, que presenta una ingeniosa alegoría de los progresos que puede hacer un peregrino cristiano el traves de las miserias humanas, y que cuanto más se vuelve á leer mejor se comprende ». Leía una y otra vez á Shakspeare, su libro de viaje favorito : « Pronto lo sabré todo él de memoria. Madama de Coigny no es muy aficionada á Shakspeare;

la lectura en el original le cuesta mucho trabajo, y detesta las traducciones imposibles... Cuento á madama de Coigny mis lecturas inglesas, y dice que esas lecturas (ayudadas por Dios) me han dado un espíritu original y sano. »

Madama de Coigny tenía razon; estas lecturas mezcladas son un excelente régimen y fortifican á una naturaleza jóven. Dan á la inteligencia un *estómago* sólido, estimulan el gusto y se adaptan sus calidades de doble raza. Madama de Coigny se ocupaba con interes en formar á la jóven dulce, viva y juguetona que se desarrolla á sus ojos: « Madama de Coigny me da lecciones de pronunciacion, de puntuacion, y me recomienda que haga notas sobre todo lo que leo, y escriba todos los dias lo que pienso: este es un modo de saber si una es necia. »

Pero este consejo que madama de Coigny daba á la señorita Newton no fué completo ni pudo ser seguido con perfeccion hasta tanto que M. Boissonade, otro guía inesperado y cuya autoridad tenía tambien gracia, añadió á él el suyo:

« M. Boissonade me dijo un dia: « No sabéis leer. *Leéis como si comierais cerezas*. Despues de acabada la lectura no pensáis ya en lo que habéis leído y no os queda nada. Es preciso que no se lean todas esas cosas á la ventura, sino más bien procediendo con método, reflexionando y dándose razon de lo que se lee. »

« Leer poco y pensar mucho sobre nuestras lecturas, » ha dicho Rousseau. Eso está bien dicho, pero le falta gracia. Rousseau guardó sus cerezas para otro dia.

Madama de Coigny es vieja, pero de una vejez que no parece muy tétrica; se ha rejuvenecido por medio de sus hijas y su yerno; tiene en el corazon un entusiasmo, y no cree que estemos hácia el fin del mundo. La humanidad no le parece mejor en su tiempo que en el pasado, pero tampoco peor. No se aburre nunca; dice « que el aburrirse es una cosa despreciable ». Es de opinion que todas las edades tienen su alegría, y aun conociendo lo que ha perdido, no es envidiosa contra la juventud: « Ayudo á madama de Coigny á concluir

sus tiras de tapicería; dice que no hay ahora en el mundo otras flores para ella que las que hace con la aguja, pero que el mundo está delante de mí lleno de verdaderas flores. »

Entre tanto es continúa la diferencia de las sensaciones y tenemos sobre cada punto como una doble nota comparable entre las reflexiones sensatas de este templado invierno y las alegrías juguetonas de esta jóven primavera:

« Antes de comer hemos ido á dar un paseo con lluvia, armadas de quitasoles. Por la noche hemos leído á Schiller, y ayer hicimos exactamente la misma cosa. Madama de Coigny me ha dicho que el tiempo parecia que pasaba más pronto cuando se le empleaba de una manera uniforme. Yo creía lá contrario: todos los dias aprendo alguna cosa. »

Y luego:

« Ayer fuimos al Desierto, y madama de Coigny quiso trepar de allí á la montaña, á pesar del viento, las piedras, las zarzas y otras mil dificultades. Esperábamos que cuando llegásemos á la cima veríamos al sol iluminando todo eso, pero no ha parecido. Entónces ha dicho madama de Coigny: « Véase, lo que acabamos de hacer ahora es la imágen de la vida, y es muy triste, ¿no es verdad? » Al contrario, era muy divertido; pues la niebla, la lluvia y el viento tienen tambien su encanto y lo mejor que hay que hacer es tener el sol en sí mismo. »

Esta diferencia natural entre las impresiones de madama de Coigny y las de la jóven que tiene en sí una chispa de Mab y de Oberon es curiosa y nada tiene que choque; es más bien una oposicion que un desacuerdo. Donde veria contradiccion y separacion marcada, sería si se comparase esta vida nueva que se ensaya en todos sentidos con lo que eran las viejas de talento de la última gran sociedad, ántes de la entrada del siglo y del renacimiento de 1800, con madama Du Deffand y madama de Créqui, por ejemplo; allí habia gusto perfecto, juicio claro, pero sequedad, y nada más. El árbol todavía altivo parecia muerto, ya no subia á él la savia. Aquí se siente la vida en todo, todo vuelve á comenzar, la primavera brilla, la juventud hace ruido de nuevo en los

corazones y estos se abren otra vez con delicia al sentimiento de la naturaleza :

« Estoy acostumbrada ya (al siguiente día de su llegada) á la residencia de Plombières como si hubiera habitado en ella durante seis meses; me parece que habia soñado con estas montañas, estas cascadas y todos estos lindos senderos que no conducen á ninguna parte y que continúan siempre... Todas las noches me quedo dormida al son de una música cualquiera, la del baile de enfrente, la de un vecino que toca el violin admirablemente y la de un grillo que grita en la chimenea ».

La misma madama de Coigny se presta á estos paseos románticos, que causan asombro en los bañistas, « paseos al traves de todo para no llegar á nada. »

« Hemos ido á pasearnos despues de la lluvia á la montaña cubierta de asperones que forman una escalera. Habia bebedores de agua en los prados que están al pié de ella, los cuales nos miraban como si fuéramos cabras. Segun iba andando, he ramoneado moras y cogido madreselva y a *sweet briar* (escaramujo oloroso). Al bajar, madama de Coigny se ha caido várias veces, pero ahora ya está acostumbrada á ello. »

La jóven es apasionada por la naturaleza; la siente en todas sus creaciones, en las flores, en los árboles y en los pájaros. Tiene hácia estos desde muy temprano una predileccion, un arte de domesticarlos y criar los, que con los años se convertirá en ciencia y rayará en una ligera singularidad; madama de Tracy no los comia nunca. Á quienes queria mal era á las aves de rapiña. Dejo lo que no es más que una rareza y me atengo á la habilidad. ¿Hay cosa más festiva y fresca, como página y *viñeta* de historia natural, que este *Nido de paro*?

« Esta mañana, dando un paseo por las orillas del estanque (se trata del estanque de Paray, y esto no corresponde ya al viaje de Plombières), he gozado de un espectáculo que me ha confundido de admiracion y que voy á tratar de referir. — Me habia arrimado á un sauce para descansar un instante, cuando de pronto un paja-

» rillo pareció surgir de la corteza misma del árbol; quise darme  
» razon de este fenómeno, y hé aquí lo que vi mirándolo de muy  
» cerca. Á unos cuatro piés del suelo percibi pegado al tronco del  
» sauce una especie de grueso capullo de base ensanchada y cuya  
» forma se parecia á la de una botellita ó más bien de una piña. Las  
» paredes exteriores de este capullo estaban enteramente guarnecidas  
» de un líquen plateado y musgoso, recogido en el árbol y adaptado  
» con arte tan maravilloso que veinte veces se hubiera podido pasar  
» por delante del árbol sin creer fuera otra cosa que una rugosidad  
» de la corteza. Acerquéme con precaucion, y por una pequeña aber-  
» tura practicada en el edificio, como á una pulgada de la cima, per-  
» cibí, ¡oh maravilla! ¡oh portento! ¡oh espectáculo incomparable!  
» percibi veinte cabecitas y veinte cuerpecitos puestos en fila con la  
» más perfecta simetría en este pequeño local que apénas era mayor  
» que el hueco de la mano. Era un nido de paro lo que tenía á la  
» vista, un nido de ese paro tan lindo, tan gracioso, que creo sea el  
» más pequeño de su especie y que ciertamente no sea más grueso  
» que un reyezuelo. Si se reflexiona el trabajo que ha debido costar  
» á este pobre pajarito la construccion de semejante edificio sin otro  
» instrumento que su pico y sus dos patitas, si se piensa en la ince-  
» sante actividad que se ve obligado á desplegar para mantener una  
» familia, se queda uno perplejo entre la admiracion y el enterneci-  
» miento. ¡Y que pueda haber personas bastante estúpidas que se  
» atrevan á poner las manos en semejante obra maestra, bastante  
» crueles para llevar la desolacion á tan encantadora familia! Me di  
» prisa á apartarme de allí, y deteniéndome á cierta distancia, tuve  
» el indecible placer de ver á la madre regresar valerosamente á su  
» nido y distribuir á su tierna familia dos bellos gusanos verdes. »

No hay nada que exceda á esto en los *Estudios de la Naturaleza*; es la observacion viviente y pintada, como en Bernardino de Saint-Pierre y Audubon.

Volvamos á Plombières; los árboles tienen parte, como los pájaros, en el afecto y simpatía de la jóven viajera :

« Hemos ido á un bosque por el camino de Epinal y hemos visto  
 » árboles sumamente curiosos. Un campesino que se encontraba allí  
 » nos ha enseñado uno que pasa por tener trescientos años : excede  
 » en altura y grosor á todos los demas y está bien conservado para  
 » su edad. Hay otros que se parecen á los cocodrilos y ofrecen bancos  
 » naturales donde se sienta uno tan bien como en unos sillones. Todas  
 » estas formas extrañas provienen de que estos pobres árboles son  
 » atormentados en su juventud para que sirvan de vallado, y en-  
 » tónces crecen como pueden y se retuercen en todos sentidos. Estoy  
 » segura de que eso les hace mal y que respiran difícilmente. Madama  
 » de Coigny me ha dicho que quizá sea verdad, y que estos árboles  
 » tenían traza de ser los árboles genealógicos de los antiguos sobe-  
 » ranos de estas comarcas. Esto nos ha causado pena, y mirábamos  
 » con placer el añoso roble que se habia librado de esta cruel edu-  
 » cacion. »

La impresion es aquí doble entre la jóven y la marquesa : esta que piensa desde luego en el blason, ve una imágen de los árboles genealógicos allí donde la otra, sensible como una driada, ha visto sobre todo una fatiga de respiracion y un sufrimiento.

Entre los paisajes á *la aguada* que ha trazado esta pluma que sólo piensa en correr, quiero citar todavía otro, el último, que es enteramente matutino y trasparente y está como atravesado por una brisa risueña :

« Esta mañana hemos ido á pasearnos por el camino de Remi-  
 » remont; hemos bajado hácia un molino cuya molinera quisiera ser;  
 » el agua es tan clara que parece forrada de raso verde, con tanta  
 » claridad refleja los árboles que rodean el molino. Muy cerca hay una  
 » piedra enorme enteramente cubierta de musgo y que tiene la traza  
 » de ser la tumba de un gigante. En la orilla del rio crecian unos  
 » hongos rojos que madama de Coigny tomaba por cangrejos; pero  
 » luego nos hemos acordado que los cangrejos no se ponen rojos  
 » hasta que están cocidos. Nos hemos reido como locas con esa ocur-  
 » rencia de cangrejos y hongos, de historia natural y de botánica.

» En esto se nos ha presentado el molinero, cubierto de harina, pre-  
 » guntándonos por qué metíamos tanto ruido. No ha comprendido  
 » nada de lo que le ha dicho madama de Coigny, y por mi parte no  
 » he podido dejar de reirme en sus barbas con más ganas que nunca.  
 » Despues de lo cual nos hemos vuelto contentísimas con una enorme  
 » gavilla de flores, bastantes para mantener tres vacas si las tuviera.  
 » — ¿Tendré alguna vez vacas que sean mias? ¿Por qué no, si tengo  
 » prados? Madama de Coigny dice que tendré lo que quiera, porque  
 » no deseo nada. »

Todo eso es alegre, jóven y vivo; son cuadros hechos natural-mente y sin pensar en ello. Se ha criticado, lo sé (por un juez muy competente), esa agua del molino *tan clara que parece forrada de raso verde*. ¿Y por qué no lo habia de decir? es su sensacion exacta, y se ha atrevido á expresarla. Tambien madama de Sévigné ha hablado de las bellas *mañanas de cristal* del otoño. Los Ingleses se permiten esas cosas en su poesia, en su pintura, y por eso sus poetas pintores tienen á menudo más relieve y verdad que los nuestros.

¡Decia tan bien la juventud en la señorita Newton! ¿Será de las que sabrán prescindir de ella un dia, conformándose con la pérdida de estas gracias fugitivas, y de las que tendrán en sí, como ella desde entónces, el sol interior?

Si que fué de esas, y á título de tal merece ser citada como ejemplo á las mujeres á quienes su situacion da ocios y puede por lo mismo engendrar más pesares :

« La edad, decia, » — y se la vuelve á encontrar aquí sin transicion á más de treinta años de distancia; habia vivido, sufrido, amado en el intervalo; habia educado su familia y casado sus hijos; — « la edad, decia pues, no nos quita más que cosas que llegan á » sernos inútiles sucesivamente y que son reemplazadas por otras » que con frecuencia valen mucho más. Todo consiste en saberlas » apreciar. *Si se pierde el baile á los treinta años, se adquiere la » libertad*. La edad nos da experiencia y sentimientos mejores, los » cuales prefiero yo á las locas ilusiones de la juventud. Por lo que

» respecta á mí, aun cuando estuviera en mi mano volver hácia  
» atras, desearia más continuar marchando hácia el fin.

» ¡Felices, añadia de una manera encantadora, los que hacen  
» durar por espacio de cuarenta años ese crepúsculo que separa la  
» última juventud de la primera vejez! porque esa es la *edad de*  
» *plata*, durante la cual se hace todo lo que se quiere y se dice  
» lo que se piensa. »

Esto lo escribia en su retiro de Paray-le-Frésil, en ese tranquilo solar del Borbonesado, cuyas tierras fecundizaba y cuyos matorrales desmontaba útilmente M. de Tracy, solar que ella se ha complacido en describirnos y que creemos haber visto. ¡Oh! ya no tenemos aquí la alegría de Plombières, ni el movimiento, la danza, esa ligereza de ardilla, esas jovialidades de cabra en los altos senderos. En la naturaleza de los alrededores como en ella misma, todo se ha asentado poco á poco y como tranquilizado :

« (25 de julio de 1843.) — Paray está verde como en la primavera; los árboles se hallan cubiertos de hojas y pájaros. Reina en todas partes una frescura, una calma y un silencio que hacen de este lugar una verdadera mansion de paz y de reposo, *locus pacis et refrigerii*. Hé aquí una imágen fiel de nuestro solar :

An ancient lonely place : the path o'ergrown  
With strawberries and sweet blue violets;  
Across the green, a quiet silver pond  
Hidden and silent, as if fear'd to wake  
The deep tranquility that dwelt and slept  
Around the manor shadowed by trees.

« (Un antiguo lugar solitario; el sendero casi oculto bajo las fresas y las dulces violetas sombrías; al traves de la alfombra de verdor un estanque de plata manso, escondido y silencioso, como si temiera despertar la profunda tranquilidad que habita y duerme en derredor del solar rodeado de árboles que le dan sombra.) »

Pero ella ha hecho más y mejor que traducir estos versos como

yo acabo de intentarlo; ha encontrado la misma impresion que el poeta y le ha igualado verdaderamente en esta nota tan fiel y tan armoniosa, encontrada poco despues :

« Hace hoy uno de esos dias parduscos en que la naturaleza está silenciosa, el paisaje empañado, las nubes casi inmóviles; en una palabra, uno de esos tiempos modestos en que se teme hacer ruido por miedo de despertar al viento ó de atraer al sol. He ido á dar una vuelta con los niños, y no podíamos saciarnos de un dia tan tranquilo. »

Cuando llega á Paray le ordenan el reposo; al salir de París no le queda más que el aliento. « El reposo ó la muerte me ha dicho el doctor al partir. — Prefiero el reposo. » Su salud está agotada interiormente; tiene desfallecimientos, imposibilidades de vivir, que sólo repara permaneciendo dias enteros sin hablar y en la mayor inaccion posible. Toma, como ella dice, *pereza en alta dosis*. Pero presto renacen los espíritus, se reanima el foco interior y de nuevo comienza á vivir, á pensar, á escribir á sus amigos ó á llamarlos cerca de ella, amigos escogidos y de trato serio, entre los cuales es justo nombrar á los señores Desages, Hipólito Passy, Victor Jacquemont, de Corcelles, Rossi y algunos otros. Cuando está sola se ocupa con su música, sus pájaros y sus flores; le es imposible no proceder con pasion en todo cuanto hace. Pero ya debemos hablar de los estudios principales que madama de Tracy se habia reservado para sus últimos años, estudios que al pronto parece están en contradiccion con la vocacion de la mujer; ella misma va á decirnos por qué los habia emprendido :

« Hay dias en que se experimenta un deseo vehemente de volver á ver á los que uno ha perdido. He encontrado en una caja un pedazo de papel que estaba allí hacia muchos años y en el cual habia escrito mi madre : *These pins for my lambs and for their mamma* (Alfileres para mis queridas niñas y para su mamá). La vista de estas palabras trazadas hace más de veinte años, el recuerdo de esas alfileres escogidas por Nancy (su hermana), todo eso me trastornó de tal modo que toda la mañana la pasé llorando, y en seguida me sentí

» consolada por la certeza de volver á encontrar un dia á los que ya  
 » no existen. Mi primer pensamiento, al emprender el estudio de los  
 » Padres de la Iglesia despues del casamiento de mis hijas, fué la cu-  
 » riosidad de saber lo que habian dicho del alma, ellos que no busca-  
 » ban con las manos esa alma cuya existencia inmortal hace excusable  
 » que el hombre tenga la creencia de que el mundo entero ha sido  
 » creado ex profeso para él. »

Comenzó pues á estudiar las obras de los Padres. En esos mismos años habia en la calle de Anjou tres personas, tres mujeres distinguidas que se ocupan á la vez de literatura sagrada y de los Padres. No dejó de hacer sonreír esto; por mi parte, y sin permitirme emitir aqui opinion alguna respecto de las otras dos mujeres de talento, no veo nada que no sea sencillo en las razones que se daba madama de Tracy para tal eleccion de ocupaciones serias, que debian ser más largas que la vida:

« He organizado mi trabajo y estoy decidida á traducir de véras el  
 » libro de los *Oficios* de San Ambrosio, de que sólo habia hecho breves  
 » extractos. ¡Qué dicha el tener voluntad y aptitud para una ocupacion  
 » cualquiera! ¡qué encanto el ver ahí, delante de mí, esa multitud  
 » de gruesos volúmenes que nunca tendré tiempo de leer hasta el fin! »

Á pesar del *encanto*, experimentaba dificultades reales, como se puede creer. Estaba poco satisfecha, y con razon, de la coleccion fragmentaria y monótona del abate Guillon. Comprender los libros de cada Padre de la Iglesia, presentarlo con la fisonomía que le es peculiar, hacerle hablar su lengua y obrar en la escena donde ha vivido, era su ambicion primera, pero excedia á sus fuerzas: otros más sabios que ella se han quedado en el camino. En Paray, donde proseguia su tarea, no encontraba ningun auxilio; el cura de la aldea no era capaz de dirigirla ni aun de entenderla: « Le pregunté un dia qué pensaba de los Padres apostólicos; pero pensaba tan poco respecto de ellos que ni siquiera sabia sus nombres. En realidad, se apresuraba á añadir con buen sentido, la ciencia no es cosa indispensable para trabajar en su propia salvacion y contribuir á la de los demás. Nuestro cura,

aunque no sea un erudito, no por eso deja de ser un buen sacerdote, y me agrada mucho cuando viene á comer uvas conmigo. No hay pues nadie aqui que pueda secundarme en mi trabajo, y así es que tengo que leer todo, buscar todo, escribir y volver á copiar todo. » M. Rossi, á quien habló de esto y que apreciaba indudablemente en sus adentros la imposibilidad de su tarea, le aconsejó que no recurriera á nadie, que se encargara sola de ella y desenmarañara sus ideas á su manera, rectificándolas más tarde. Esto era considerar ese trabajo bajo su verdadero aspecto, es decir, como un ejercicio individual que ella se proponia y como un pasatiempo fructuoso. Ella misma habia concluido por considerarlo de esta manera, la única razonable:

« Las dificultades me espantan, y si no puedo superarlas, será  
 » preciso que me contente á mi vez con biografías y extractos. Pero  
 » ¡qué importa! de todos modos, cada dia saco de mis estudios un  
 » fruto inapreciable; gozo la dicha de tener delante de mí una ocu-  
 » pacion más larga que la vida. El no saber crearse una ocupacion  
 » sería cuando comienza la vejez, es querer morir de muerte antici-  
 » pada. ¿Qué hacen de su vida las mujeres ociosas cuando ya  
 » no pueden gastarla en el mundo? la pasan en su cama. La vejez es  
 » para ellas como el infierno del Dante, en cuya puerta se dejan todas  
 » las esperanzas. »

Los Padres de la Iglesia fueron pues sus mejores maestros para aprender á envejecer sin cesar de esperar.

¡*Saber envejecer!* Madama de Tracy tuvo ese arte, y la lectura atenta de estos tomos pudiera dar una leccion sobre eso. No se diga que los hombres tienen ménos necesidad de él que las mujeres. El dia que la duquesa de B... bella y virtuosa señora, cumplió los cuarenta años, en un baile á que asistia, expresaba á una amiga su alegría por haberse libertado al fin de esa juventud que obliga á tantas medidas próximas de los escollos, y por haber adquirido francamente los derechos de la edad de razon. El mismo dia que M. de Chateaubriand cumplia los cuarenta años, lo pasó todo él solitario y melancólico bajo las umbrías de Champlâtreux, y á M. Molé que le pregun-

taba la causa de su tristeza, le hacía esta penosa declaración : « Tengo cuarenta años. » M. de Chateaubriand era del mismo parecer que el antiguo elegiaco de Jonia, Mimnermo, el que ha podido ser llamado octavo sabio de la Grecia ó el *sabio del placer*, quien hacía consistir todo el mérito de la vida en los goces de la juventud. Mimnermo pedía por límite extremo llegar nada más que á los sesenta años ; pero otro sabio, Solon, le refutaba y le decía también en verso que se retractara y repitiera con él, rectificando ligeramente su voto : « Á los ochenta años quiero morir. » Horacio Walpole escribía, cuando tenía cincuenta años bien cumplidos, á madama Du Deffand, que no andaba muy distante de los setenta : « ¡ Ah! *chiquita mia*, pasados los veinticinco años, ¿qué vale todo lo demás? » Y el religioso Channing, al contrario, en el último verano que pasó en la tierra, oyendo discutir en su presencia sobre cuál era la edad más feliz de la vida, decía sonriéndose que era *hacia los sesenta años*; esta era su edad entonces. ¡ Pensamiento propio del cristiano, para quien el anciano, cuando es santo, no es sino una espiga más madura! Y el mismo Séneca no ha dicho á su joven amigo Lucilio, en un lenguaje admirable : « *Viget animus, et gaudet non multum sibi esse cum corpore; magnam partem oneris sui posuit; exultat, et mihi facit controversiam de senectute: hunc ait esse florem suum...* — Mi espíritu está lleno de vigor y se regocija de no tener que ocuparse ya mucho del cuerpo; se ha descargado de la mayor parte de su peso; brinca de alegría y me hace toda clase de observaciones sobre la vejez : dice que *esta es su flor*. » En un libro muy reciente que trata de este mismo asunto de la edad, encuentro este pensamiento exacto y firme, tan poéticamente expresado :

« Paseándome un hermoso día del mes de octubre en los jardines de la quinta Pamphili, me chocó la maravillosa belleza de un gran número de árboles que no había visto durante el estío, por hallarse ocultos entre el espeso follaje de las arboledas, que entonces estaban en todo el brillo de la vegetación y ahora deshojadas. Humilde y paciente amistad, pensaba yo, de este modo se te suele olvidar en las horas de la juventud y del amor; así te apareces tú

» dulce y consoladora, hacia el ocaso de la vida, cuando la pasión ha muerto y la existencia está despojada (1). »

Evidentemente, todo el arte de envejecer consiste en abandonar, cuando ha llegado la hora, los deseos y pasiones que nos abandonan; en no hacerse una pasión única y fija de la que sólo tiene un tiempo y no debe tener más que una ó dos estaciones; en no aferrar su imaginación en el pasado; en moderar gradualmente algunas de nuestras pasiones y terminarlas en gustos; en aprovechar oportunamente y anticipar, si es posible, algunos de nuestros gustos últimos y duraderos, convirtiéndolos casi en pasiones. En cada edad, en cada etapa de la vida, una alegría nueva, proporcionada á la estación y posible todavía, nos consuela y fortalece. Sepamos pasar de una en otra y no conservar de lo que precede sino lo que es saludable y bueno. El estudio y la amistad son los consoladores que nos acompañan más lejos y á veces hasta el fin. Pero todos estos consejos naturales, que no hacen en suma más que repetir que cada cual debe tener el espíritu de su edad, nada son todavía ni sirven cuando más sino para dulcificar los pesares, si un pensamiento más alto no interviene y preside en él, y si la Religión no eleva al hombre y le enseña el arte verdadero de esperar. Madama de Tracy es un buen ejemplo de ello y nos muestra cuán precioso recurso son los pensamientos de la vida futura para alimentar la vida del corazón. En uno de sus últimos libros, escribía :

« Todo está cubierto de nieve, y héme aquí por fin en una posición según mi corazón, es decir, encerrada tras de una triple muralla de hielos, de verdes abetos y de absoluta soledad. Victor escribe cosas excelentes sobre la agricultura; yo estoy acabando los *Oficios* de San Ambrosio, y tenemos buenas noticias de nuestros hijos. *All is well!* — ¿Donde se puede estar mejor que en Paray-le-Frésil? »

En esta morada sin visitas, en este país cerrado y sin horizonte, tiene ella el horizonte moral, y de allí le viene el resplandor. Había

(1) *Pensamientos, Reflexiones y Máximas*, por Daniel Stern, 1856.

llegado á decir, ella á quien hemos visto tan ligera y tan propia para la comitiva de la reina de las hadas en el citado viaje de Plombières :

« No hay otra juventud que la salud perfecta y el vigor del entendimiento : cuando uno posee estas ventajas, siempre es joven, aunque tenga cien años. »

Y decia por fin :

« Mi salud se restablece visiblemente... Salgo, vuelvo, camino, me siento libre como el aire y salvaje como el viento. Todo me divierte y todo me agrada. Encuentro que basta para cada día su alegría, y estoy convencida más que nunca de que nuestra felicidad reside en nosotros mismos. El otro día se discutía en mi presencia la cuestión de cuáles son los sitios que en el campo ofrecen más encanto. ¿Son las montañas, los bosques, los ríos ó las praderas? — La verdadera filosofía es la que enseña á preferir lo que se tiene y á ver todas las cosas por su buen aspecto. Del mismo modo, el verdadero Cristianismo consiste en hacer á todos los seres animados, bestias y personas, el mayor bien posible y en esperar la muerte sin temor y sin impaciencia. »

Madama de Tracy ha escrito una Noticia interesantísima acerca de su ilustre suegro, el rígido ideólogo. Ha sabido hacer agradable y amable una naturaleza que le era tan desemejante, pero que se le adapta por lados imprevistos. En algunos rasgos felices nos ha expresado la fisonomía misma del sabio y del hombre :

« M. de Tracy estaba humillado de *creer*, quería *saber*. »

« Hay dos cosas que sorprenden en su vida íntima (de M. de Tracy) : el haber inventado una contradanza á la cual dió su nombre cuando era bello danzador en los bailes de la reina y el elegante coronel del regimiento de Penthièvre, y el haber edificado mucho tiempo despues una iglesia con los vestigios de un torreón que hizo demoler. »

« M. de Tracy (anciano, y despues de la pérdida de una afección que era todo para él) se entregaba solitariamente al sentimiento del más triste abandono... Temia molestar á los demas y no los bus-

« caba ya; complaciase en hacer observaciones respecto de su decadencia general : « *Sufro, luego existo*, » solia decir. — Se le veia con frecuencia contemplando desde su ventana las nubes que pasaban y se sucedian. ¿ En qué pensaba cuando así examinaba el cielo? Nadie lo ha sabido. »

No tengo que sacar consecuencia ni emitir juicio alguno; sólo he querido ofrecer á nuestros lectores una eleccion en estas páginas que á pocas personas ha sido dado recorrer. Sin embargo se habrán adivinado los méritos y el carácter de la que las ha escrito. En la sociedad, en la alta sociedad sobre todo, que tiene sus hábitos imperiosos y sus exigencias, muchas cosas han desaparecido de las almas, la sinceridad, el candor, la alegría, la imaginación, el sentimiento vivaz de la verdad : madama de Tracy habia conservado alguna cosa de estos tesoros. Pensar por sí mismo es muy raro en Francia en el gran mundo, y bastante mal mirado por lo regular en una mujer; eso indigna ó hace sonreír. Hay dos maneras de no pensar por sí mismo : repetir lo que dicen los demas, ó tambien querer formarse un género aparte diciendo todo lo contrario de los demas. Despues del calco no hay cosa más fácil que el contrapié. Pensar para sí ó para sus amigos, sin pretender hacer alarde de ello; querer formarse opiniones justas sobre cosas esenciales, sin aspirar á profundizarlas; estudiar, vivir, mirar, atreverse á sentir y decir, es señal de distinción en una naturaleza. Madama de Tracy tuvo esa señal de franqueza, habia permanecido siendo muy verdadera, *muy ella misma*, y con cierto aire de capricho trabajando por hacerse cada vez mejor.

Hablo bajo el punto de vista del público, y no dudo que de estos tres tomos que casi están inéditos se podría sacar uno que agradaría á todo el mundo y colocaría en un buen rango de nuestra literatura moral el nombre de madama de Tracy. En él hallaría cabida el *Viaje de Plombières*, é inmediatamente despues los *Pensamientos*, fechados en Paray treinta años más tarde : la juventud y la *edad de plata* : la palabra merece conservarse en la memoria.